

DAVID SAKMYSTER

OBJETIVO
MONGOL



boveda

Título original: *The Mongol Objective*

Diseño de cubierta: Jose Luis Paniagua

Primera edición: 2017

© David Sakmyster

© traducción: Valentina Reyes, 2017

© de esta edición: Bóveda, 2017

Avda. San Francisco Javier 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

www.editorialboveda.com

ISBN: 978-84-16691-48-7

Depósito legal: SE. 543-2017

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	13
---------------	----

LIBRO UNO ROBO

Capítulo 1	19
Capítulo 2	31
Capítulo 3	39
Capítulo 4.....	47
Capítulo 5.....	65
Capítulo 6.....	70
Capítulo 7.....	80
Capítulo 8.....	97
Capítulo 9.....	101
Capítulo 10.....	111
Capítulo 11.....	124

LIBRO DOS LA BÚSQUEDA DE GENGIS KAN

Capítulo 1.....	135
Capítulo 2.....	156

Capítulo 3.....	163
Capítulo 4.....	173
Capítulo 5.....	179
Capítulo 6.....	198
Capítulo 7.....	208
Capítulo 8.....	214
Capítulo 9.....	223

LIBRO TRES
DEBAJO DE XANADÚ

Capítulo 1.....	233
Capítulo 2.....	238
Capítulo 3.....	242
Capítulo 4.....	249
Capítulo 5.....	271
Capítulo 6.....	276
Capítulo 7.....	287
Capítulo 8.....	296
Capítulo 9.....	310
Capítulo 10.....	319
Capítulo 11.....	324
Capítulo 12.....	333
Capítulo 13.....	338
Capítulo 14.....	346
Capítulo 15.....	358
Capítulo 16.....	363
Capítulo 17.....	377

Capítulo 18.....	385
Capítulo 19.....	402
Capítulo 20.....	412
Capítulo 21.....	414
Capítulo 22.....	417
Capítulo 23.....	425
Capítulo 24.....	429
Capítulo 25.....	440
Agradecimientos	446

Antes de regresar al Cielo, Hermes les aplicó un hechizo y les dijo: «Oh, libros santos que mis inmortales manos han hecho... volveos invisibles e inencontrables para todos aquellos cuyos pies pisan los caminos de esta tierra, hasta que el antiguo Cielo os traiga los instrumentos...».

Arcano Hermético

PRÓLOGO

Nueva Orleans, 1985

EL LÁPIZ, MANEJADO COMO SI FUESE UNA ESTACA DE MADERA que el pequeño puño agarra fuerte, recorre veloz la página, creando detalles por aquí, sombreando zonas por allá, apuñalando el centro de la escalofriante visión. Y a medida que el dibujo toma forma, surgiendo de la minuciosísima crisálida de su joven mente, gotas de sudor corren por la cara del niño. Sacude la cabeza para apartarse un rizo pelirrojo, grueso y apelmazado, de los ojos, llenos de una inocencia azul intenso, y de pronto se queda con la mirada perdida, y sus ojos tiemblan y luego se agitan con un terror ineludible.

Al lápiz se le rompe la punta y, con gesto ausente, el niño alarga la mano hasta una caja de afilados lápices que está sobre la alfombra, a su lado. No hace caso de los sonidos que emite la canguro, la vecina cincuentona que, con los dedos sobre los labios, lo observa con un asombro que poco a poco se convierte en terror al tiempo que las rayas de la página se oscurecen y las imágenes se definen.

Por fin el niño deja el lápiz, parpadea y alza la mirada hacia la canguro; un torrente de lágrimas brota de sus ojos y recorre sus hinchadas y coloradas mejillas. Coge la página, la arranca del bloc y la levanta para que ella la vea.

«¿Ayúdelos?», susurra, pero la canguro se limita a morderse los nudillos del dorso de la mano. Se santigua y se aparta, dejando caer la página. Ésta baja, oscilando como un péndulo, hasta aterrizar suavemente delante del niño. Él intenta desviar la vista, pero no puede.

Vuelve a mirar fijamente el papel, el dibujo de perfil de dos personas dentro de un coche volcado: un hombre que se lleva las crispadas manos al pecho, una mujer junto a él con la boca abierta en un grito desesperado, en el mismo instante en que un estallido de llamas penetra por las ventanillas hechas añicos, les funde la carne y les carboniza los huesos...

PASAN UNOS MINUTOS, los segundos discurren lentamente, y la canguro y el niño siguen callados, mirándose, sin decir palabra. Suena el teléfono.

Despacio, el niño vuelve la cabeza y, mientras la canguro acude a contestar, se levanta, va arrastrando los pies hacia la escalera y sube. Con mucho esfuerzo sube, cada peldaño le resulta un torturante esfuerzo. Una vez arriba, entra en su dormitorio y cierra la puerta antes de oír los gritos que llegan de la planta baja.

Se sienta en una sillita de madera que está en mitad del cuarto y mira con desesperación las paredes, intentando encontrar sólo un centímetro libre, una brizna de espacio que le sirva de refugio. Pero las paredes están completamente tapadas. Un conjunto de páginas sin orden ni concierto, todas cubiertas de sus desquiciados esbozos, pegadas sobre el empapelado con motivos de superhéroes. Más de un millar de hojas de papel



puestas de cualquier manera, sin tener en cuenta la estética. Dibujos garabateados en una docena de blocs de bocetos, algunas páginas claramente arrancadas a toda prisa, muchas superpuestas en parte para formar *collages* más grandes.

En cada hoja hay imágenes que ningún niño de seis años debería ver nunca, y mucho menos, pensar en pintar. Dibujos de hombres ahogados, hombres quemados, hombres que caen en profundos hoyos repletos de largos pinchos, o que quedan aplastados bajo piedras enormes. De incendios que arrasaban habitaciones enteras. De ácido que corroe la carne. De miembros cortados que flotan bajo el agua, de cabezas que se mecen por la superficie. Entre toda esta atroz carnicería, casi como elementos de un decorado, el niño ha dispuesto inmensos edificios: pirámides colosales, antiguos templos medio derruidos, una enorme estatua, una ciudad subterránea. Y en varias imágenes, una torre gigantesca, con una resplandeciente luz en la punta, que se alza sobre un agitado puerto. En cada una de estas páginas es como si las maravillosas construcciones arquitectónicas fueran un simple telón de fondo para la muerte y el desmembramiento, para unas escenas de extrema y dura violencia.

El niño parpadea y vuelve a quedarse con la mirada perdida. Alarga la mano y coge del suelo un bloc y un lápiz. Y empieza a dibujar, cuando ya los pasos se acercan por la escalera. Pasos lentos y pesados.

Y algo que parece un llanto.

Él sigue dibujando, haciendo bosquejos, usando la luz y la sombra, creando...

... una tosca representación de algo que parece la mitad superior de una enorme cabeza coronada de puntas, que asoma en un paisaje de arena o quizá de hielo. Diminutas figuras humanas se amontonan en torno a ella, empleando palas y poleas.

Y entonces la puerta se abre con un chirrido.

—Cariño, tengo que decirte una cosa. Ha habido un accidente. Tu padre y tu madre volvían a casa y...

El niño baja la cabeza y por un instante su mirada se centra, con los ojos llenos de descontrolada emoción. Luego parpadea tratando de contener la oleada de lágrimas. Alza la vista hacia la ventada, la pálida luz baña sus pupilas, y una vez más la habitación pierde nitidez, como si mirara algo que estuviese lejísimos.

—¿Xavier? ¿Me oyes?

Él vuelve a dedicarse a su último dibujo, y después echa un vistazo a la pared de enfrente y se centra en un papel concreto, sin llegar a comprender por qué le llama la atención. Otro representa un enorme sello: un águila sobre una estrella. Y también hay uno hecho con lápices de colores. El dibujo de una mujer atada a una cama mientras dos hombres están desplomados en el suelo junto a ella, con manchas carmesíes en el pecho. Un tercer hombre... un pelirrojo...

—¿Xavier?

El niño parpadea de nuevo y se alisa el pelo hacia atrás.

—Xavier, cariño, ¿has oído lo que te he dicho?

Él vuelve la cabeza y consigue sonreír.

—Sí, pero perdone, todavía me queda trabajo por hacer.

Mientras le da la espalda, Xavier Montross coge el lápiz y busca deprisa una página en blanco.

LIBRO UNO

ROBO

CAPÍTULO 1



*La Antártida, estación investigadora de Point Nelson
14 de septiembre, época actual*

PHOEBE CROWE HABLÓ EN VOZ BAJA AL MICRÓFONO MIENTRAS observaba lo que aparecía en tres distintas pantallas de ordenadores portátiles.

—Vale, hermanito, ya funciona la conexión. Vemos lo que veis vosotros. Pongámonos manos a la obra.

A Phoebe le picaba el grueso jersey de algodón que llevaba debajo de la chaqueta de esquí, pero seguía luchando contra el frío de las dos horas en vehículo oruga desde Fort Erickson. Habían sido las dos horas más largas de su vida, quitando el tiempo que pasó retorciéndose en el suelo de aquella tumba de Belice. Además era la última etapa de un viaje que antes ya les había ofrecido un escalofriante trayecto en helicóptero desde el *Starboard Ulysses*, que en ese momento hacía pesca de arrastre a una milla de la costa, más allá de la plataforma de hielo.

Aunque Phoebe y Orlando Natch, su único compañero de equipo, aún tiritaban, las otras seis personas de la sala pare-

cían estar acostumbradas a la temperatura de cuatro grados y medio sobre cero. El oficial al mando de Point Nelson, el coronel Eric Hiltmeyer, medía casi dos metros diez. Calvo, de cuadrado mentón y con una cicatriz en la mejilla izquierda como si hubiera recibido un navajazo de más en una pelea carcelaria, estaba al acecho y miraba por encima del hombro de Phoebe mientras su personal —dos científicos, un geólogo, un técnico de medio ambiente y un ayudante de laboratorio— se situaba en torno a la mesa, observando cómo Phoebe y Orlando seguían el avance de los demás miembros del grupo.

Phoebe movió el micrófono hacia su derecha y lo puso delante del hombre —del chico, en realidad— que había hecho posible todo aquello. Con diecinueve años, Orlando Natch era el más joven del grupo de investigación psíquica conocido como la Iniciativa Morfeo. Irónicamente, aquel prodigio tecnológico nunca había estado en Florida, y mucho menos en Orlando. Con el pelo negro azabache, rizado y desgredado, unos ojos azules de loco, la cara estrecha de un duende, y un cuerpo de sesenta y ocho kilos cubierto con vaqueros anchos y una sudadera negra de *World of Warcraft*, a Orlando lo había reclutado directamente Phoebe cuando era profesora de prácticas en la Universidad de Rochester. No sólo destacaba en el empleo de tecnología de vanguardia en el estudio de vestigios antiguos, sino que mostraba justo el tipo de intuiciones que indicaban que podría ser un candidato para la Iniciativa Morfeo.

Orlando *veía* cosas. Por lo general antes de que ocurrieran, aunque a veces, sólo con pincharlo un poco enseñándole una foto o un objeto (o haciéndole la pregunta adecuada), se sumía en un trance y luego despertaba, corría a su iPad, que manejaba como un artista, y allí se ponía a hacer una imagen generada por ordenador de la visión en una de las aplicaciones gráficas.



Esta técnica representaba un gran avance respecto al viejo método del lápiz y el bloc de dibujo que durante años emplearon los demás videntes remotos, y Phoebe agradecía muchísimo contar con él, igual que su hermano Caleb, que empleaba los valiosos dibujos escaneados del grupo; Orlando los cargaba, y después conectaba con programas de reconocimiento de imagen para buscar parecidos con fotos de bases de datos públicas mediante un navegador web, o en servidores para compartir fotografías como Flickr.com.

—Tiene buena pinta —dijo Orlando; se frotó las manos y cogió un mando que ahora controlaba la cámara que Caleb llevaba en el casco—. Enfocando... ya. La veo. ¡Joder, vaya si la veo!

Phoebe se echó hacia delante y miró de una pantalla a otra las imágenes recogidas por las cámaras de los tres que estaban en el yacimiento, a kilómetro y medio de distancia. Además de Caleb, otros dos miembros de la Iniciativa Morfeo, Andy Bellows y Ben Tillman, se habían ofrecido voluntarios para la misión. Una hora antes los tres se habían abrigado y se habían ido en vehículo oruga con el otro invitado, que acababa de llegar, del coronel Hiltmeyer; un antropólogo llamado Henrik Tarn.

—Entonces, ¿os llega esto? —la voz de Caleb sonó entre interferencias en los altavoces. Su nombre estaba en la tercera pantalla que Orlando tenía delante. La que temblaba.

Phoebe dio un silbido.

—Sí, pero deja de moverte tanto. ¿Estás tiritando o qué?

—Hace un frío que pela, por si no lo sabías. Menos veinte grados y...

—Y sin viento que dé esa sensación térmica —lo interrumpió su hermana, consciente de la hipocresía de hacer aquel comentario allí dentro, enfundada en su chaqueta—. Estás en

una caverna, así que deja de quejarte y quédate quieto para que tengamos imágenes claras de ese trasto.

Orlando echó un vistazo a las otras pantallas.

—Bellows y Tillman, moveos, por favor, y separaos a la misma distancia de Caleb. Vamos a pillarlo desde todos los ángulos.

En las pantallas, dentro de la gruta helada, surgiendo de la plataforma de hielo, había varias vistas de algo oscuro y enorme, con puntiagudas protuberancias que salían de un borde redondeado. Phoebe se inclinó más.

—Oye, Orlando, ¿puedes subir nuestros bocetos para comparar?

—Sin problema.

Orlando tecleó rápidamente y en la pantalla de enmedio apareció otra ventana, donde se veían diversos dibujos escaneados, la mayoría toscos y torpes, pero sin duda con la misma estructura general del objeto que mostraba la imagen en directo. Los movió para orientarlos de distintas maneras y ajustarse al artefacto descubierto.

—Todavía no me lo creo —dijo el coronel Hiltmeyer, después de pasar con dificultad por entre los demás miembros del grupo y mirando por encima del hombro de Phoebe.

—¿Qué cosa? —preguntó Phoebe—. ¿Que encontrarán ustedes este trasto en el hielo a una profundidad que corresponde a un período geológico de hace más de quince mil años? ¿O que, de manera independiente, nosotros dibujáramos el mismo chisme cuatro años antes de que su equipo montara el chiringuito aquí siquiera?

Él la miró parpadeando; su mirada gris mate se mantuvo impasible.

—Las dos, supongo.



Phoebe estiró las piernas, saboreando aún la sensación. Se había pasado diez años, toda la adolescencia, en una silla de ruedas con las piernas inservibles, con la cadera y las vértebras inferiores hechas pedazos, después de entrar corriendo en una tumba con trampa de Belice. Pero luego llegó la cura: la técnica milagrosa descubierta en el Manuscrito Hipocrático original, uno de los millares de rollos perdidos que ella y Caleb habían encontrado bajo los restos del antiguo Faro de Alejandría, una de las siete maravillas del mundo antiguo. El milagro que Phoebe nunca pensó que experimentaría: volver a andar. A correr. Aquello aún le daba vértigo y la hacía sentirse humilde y agradecida de un modo indescriptible.

Pulsó el micrófono.

—Bueno, Caleb, ¿qué nos tenéis preparado? ¿Queréis intentar usar la visión remota ahora que por fin tenéis a la vista ese trasto? ¿Vislumbrar su pasado y contarnos el gran misterio?

El coronel Hiltmeyer se humedeció los labios.

—Por ejemplo, cómo es de grande.

Orlando pulsó unas cuantas teclas y abrió una ventana más pequeña que empezó a ejecutar una proyección gráfica basada en la punta de la cabeza, y luego extrapoló un cuerpo, con los brazos pegados a los costados.

—Mide unos treinta y nueve metros y medio, siguiendo la escala de la curvatura de la cabeza. —Alzó la vista, con una amplia sonrisa—. ¿Alguna otra pregunta fácil, o insistimos en la gorda?

Con voz un poco más grave, Phoebe dijo:

—Sí. Por ejemplo, ¿cómo diablos llegó eso aquí?

CALEB CROWE SE echó atrás la capucha y se ajustó el auricular antes de volver a encajarse el gorro de fibra de polipropileno.

Seguía estando helado, a pesar del jersey de borreguillo sintético y la parka North Face, con relleno de cuin de 550 y tejido de dos capas con tecnología HyVent, cortaviento e impermeable. Los dedos le hormigueaban y se le entumecían más por momentos, pese a los gruesos mitones de plumón. Aunque, como había dicho Phoebe, por lo menos estaba a resguardo del viento.

Pensó por un instante en su hijo de nueve años, Alexander, bien calentito en la casa familiar de Sodus Bay, al norte del estado de Nueva York. Con un poco de suerte estaría haciendo los deberes o, al menos, ocupado en alguna lectura ligera, que para él tal vez fuera Heródoto. Aunque lo más probable era que el crío estuviera jugando en el viejo faro de la colina. La esposa de Caleb, Lydia, se encontraba allí con él, tomándose un más que necesario descanso de sus obligaciones en la Biblioteca Alejandrina. Ella y su hermano Robert codirigían una organización bimilenaria llamada los Guardianes, que hacía muy poco, y con ayuda de Caleb, había redescubierto una cripta secreta bajo los restos del gran Faro de Alejandría; una cripta que había protegido las obras más importantes que el mundo hubiera creado nunca, escondidas antes de la destrucción de la primitiva biblioteca en el año 391 d. C. Durante los últimos cinco años los guardianes, entre quienes ahora se contaba el propio Caleb, habían ido reintroduciendo poco a poco algunos manuscritos, los que más beneficiaban a la humanidad, mientras mantenían ocultos otros de contenido más delicado hasta que su impacto pudiera controlarse.

En este preciso instante envidiaba a su esposa y a su hijo. Lydia y Alexander: abrigados, rodeados de libros conocidos, que eran como amigos eternos. Y aquí estaba él, en uno de los lugares más inhóspitos del mundo. Y, para colmo, en una cueva. Aunque si este hallazgo resultaba ser lo que él creía, todo iba a cambiar. Equivalente en el plano arqueológico al choque



de un meteoro, encontrar pruebas de que en tiempos prehistóricos en la Antártida había existido una civilización avanzada conmocionaría al universo académico y sacudiría las bases de las principales instituciones. Una civilización capaz de construir una estatua tan enorme, un protector que se alzaba en el terreno de una antigua ciudad, quizá con otros monumentos que aún se conservaban, congelados. ¡Y sus bibliotecas! ¿Se atrevería siquiera a soñar que descubrirían libros donde se contenía todo aquel conocimiento perdido?

—Esto podría ser la Atlántida —dijo Ben Tillman, alargando una enguantada mano hacia el puntiagudo pincho de la corona que tenía más cerca.

Libre de hielo, aquello tenía un color azul verdoso, extrañamente metálico. Tillman vestía una gruesa parka y un gorro de lana que casi le ocultaba la cara. Del bigote le colgaban carámbanos.

—Tal vez —contestó Andy Bellows, impaciente, mientras se frotaba las manos metidas en mitones bajo el vaho de su aliento.

—Imposible —intervino Henrik Tarn, el antropólogo a quien habían llevado allí hacía dos días. Era el más alto del grupo. Casi cómicamente alto, había pensado Caleb la primera vez que vio a aquel hombre huesudo, de largos brazos, cara estrecha y oscuros ojos como botones—. Platón fue muy concreto al situar la legendaria isla sumergida «más allá de las columnas de Gibraltar, dejando atrás el Egeo».

—Aunque —replicó Caleb, mirando ahora, asombrado, la leve curvatura, un ojo gigantesco que sobresalía del hielo— tal vez Platón llevara razón y allí es donde *estuviera*, pero durante un acontecimiento catastrófico el eje de la Tierra se descontroló, las placas tectónicas se movieron, continentes enteros se separaron y...

—... y la Atlántida se desplazó hasta el Polo Sur —continuó Tarn—. Sí, sí, he oído esa teoría sin fundamento de que la corteza terrestre es como la cáscara de una naranja y se mueve sobre el núcleo. Pero eso son tonterías.

—Entonces, ¿cómo explica usted esto?

Tarn se encogió de hombros.

—Todavía no estoy convencido. Tenemos que excavar, dejar más al descubierto.

—¿Y las lecturas de sonar? ¿Le valdrían a usted? —preguntó Caleb. Alzó la voz y se dirigió al micrófono—. Orlando, ¿cuándo podemos traer ese equipo de imagen?

En los auriculares se oyeron interferencias.

—Por la mañana, creo. El coronel ha dicho que se pondrá en contacto con Fort Erickson y mandará que saquen el equipo del sensor cuando despeje la tormenta.

Tarn refunfuñó.

—Veremos.

Caleb se arrodilló más cerca de la cabeza, al tiempo que alargaba la mano para tocar con cuidado una de las picudas protuberancias.

—Sin duda, adoradores del sol. Se parece a las representaciones griegas comunes de Helios, el dios sol. Estoy deseando ver el resto de la estatua. A lo mejor... a lo mejor una caricia nada más...

Empezó a quitarse el mitón derecho.

—¡No seas idiota! —gritó Phoebe por los auriculares—. Con esas temperaturas la piel se te fundirá con ella y se te quemará.

De mala gana, como si acabara de regañarlo la encargada de pasillo de una escuela de primaria, Caleb apartó la mano y volvió a ponerse el mitón.

La voz de Phoebe lo reprendió:



—No ibas en serio con lo de tocarla, ¿no?

—Lo siento, me dejé llevar por el entusiasmo. Recordé mi zambullida bajo el puerto de Alejandría, donde tuve aquella visión psíquica al tocar la cabeza de una de las estatuas.

—Pues inténtalo sin contacto físico, tonto. O, si no, espera.

—Pero si ya hemos probado —dijo Tillman—. Un par de sesiones de trance durante el vuelo y otra en la estación. No vimos nada.

Tarn emitió un sonido de mofa.

—Las ensoñaciones autoinducidas y las figuraciones extravagantes no sustituyen al concienzudo trabajo de campo.

—Diga usted lo que quiera —replicó Caleb—, pero esto lo vimos, y justo en esta posición. Orlando puede decírselo: él fue uno de los primeros en dibujarlo cuando nos pusimos a buscar activamente los restos de una civilización pasada.

Tuvo que interrumpirse antes de hablar demasiado y desvelar el verdadero motivo de la búsqueda: el origen de la Tabla Esmeralda, aquel poderoso pero inescrutable mamotreto antiguamente protegido bajo el Faro de Alejandría. La Tabla era el único artefacto que Caleb se había quedado, convencido de que tenía un poder tan grande que debía ocultar su existencia incluso a su esposa y a los demás guardianes.

Pensó unos instantes. Las preguntas que habían hecho en el avión fueron amplias, acaso demasiado generales. La existencia misma de la Tabla Esmeralda, ahora escondida en una cripta bajo su faro, allá en Sodus Point, indicaba que su creador, el legendario Hermes-Toth, pertenecía a una civilización preegipcia y presumeria, una raza que no sólo precedía esas culturas, sino que en realidad tal vez hubiera dado origen a ellas, a su idioma y a sus mitos. Una civilización cuyos únicos testimonios estaban envueltos en la leyenda.

Así que el esfuerzo más reciente de la Iniciativa Morfeo se centró sólo en ese problema: si hubo una civilización avanzada, que desapareció en un trágico cataclismo, ¿dónde podían encontrar pruebas de su existencia? ¿Dónde se creó la Tabla Esmeralda? ¿Y para qué servía en realidad?

Varios aciertos surgieron en el transcurso de los años de búsqueda gracias al trabajo de la Iniciativa Morfeo, a través de centenares de trances y miles de dibujos. Pero la imagen más coherente y más parecida que habían percibido fue la visión de aquella enorme cabeza de estatua, medio tapada, situada en esa misma posición.

Y entonces, de forma casi simultánea, llegó la llamada de Point Nelson, en el Polo Sur. Un veterano de dos guerras, el coronel Hiltmeyer, había tenido noticia del Programa Stargate de la CIA, que empleaba a videntes con visión remota durante la Guerra Fría (y también después, aunque en secreto). Y, aunque ignorante de las otras actividades del jefe anterior, Hiltmeyer sabía lo suficiente sobre la Iniciativa Morfeo como para solicitar sus servicios cuando su equipo de investigación se topó con este hallazgo potencialmente antiguo.

Ahora Caleb se arrodilló en el hielo y cruzó las piernas.

—¿Qué hace? —preguntó Tarn. Había sacado una pala y estaba cavando con cuidado en torno a la zona del ojo.

—Sólo un momento —respondió Caleb—. Bellows y Tillman, si queréis intentarlo también, quizá sólo con poneros cerca tendremos visiones más claras.

Alargó las manos, con las palmas hacia la estatua, y cerró los ojos.

La voz de Phoebe le llegó por los auriculares.

—Orlando y yo también procuraremos verlo con visión remota. Quédate quieto para que pueda concentrarme en la estatua.



—Esto es una chifladura —dijo Tarn.

—Dígale a ese tío que cierre el pico —intervino Orlando desde la estación—. Está poniéndose pesado.

—Esperad —murmuró Caleb, mareado de pronto—. Recibo algo. Estoy en...

... un almacén. Ventanas emplomadas. Suelo polvoriento. Andamios alrededor de una construcción parcialmente esférica; la mitad aún tiene un enrejado, y están poniendo en su sitio gruesas placas metálicas.

Mirar hacia abajo desde el techo, luego bajar y rodear el objeto, ver cuadrillas de obreros que trabajan duro con el armazón, levantando las láminas y vaciando los ojos. Obreros vestidos con monos azules, mascarillas y gafas protectoras. Un retumbar, y de pronto una carretilla elevadora se adelanta, preparada para subir la cabeza incompleta a un camión con batea que aguarda.

Caleb se puso en pie tambaleándose, gateando y resbalando en el hielo. Trató de retroceder, pero cayó hacia delante y agarró una de las puntas que sobresalían como rayos de sol para amortiguar el golpe.

—Esto es...

... parte de una cabeza, el exterior precintado ya, metida en la trasera de un camión cuando la portezuela cierra con un portazo, y la visión gira sobre sí misma para ver la espalda de un hombre alto y delgado vestido con traje de seda negro, que asiente con la cabeza y habla por un móvil.

—Ya está preparada. Justo como indicaste. La enviaremos a la estación investigadora mañana y para el jueves por la noche la tendremos en la cueva. ¿El grupo de Hiltmeyer la espera?

El hombre escucha, hace un gesto afirmativo y da media vuelta. Su rostro —su rostro demasiado familiar— surge de las sombras...

—... ¡una FALSIFICACIÓN!

Al tiempo que se apartaba de la estatua, indignado, Caleb miró al antropólogo.

Pero ya era demasiado tarde.

—Malditos videntes... —soltó Henrik Tarn en tono brusco; se quitó de prisa un mitón y con el fino guante que llevaba debajo sacó una pistola de la chaqueta. Apuntando a Caleb, tiró del cuello de su chaqueta y habló por el micrófono—. Tenemos que adelantar la agenda.

—¡Qué...! —empezó a decir Caleb, pero entonces oyó un grito agudo de Phoebe en el auricular antes de que la comunicación se cortara, y en ese mismo instante Tarn, al notar que Ben Tillman, tontamente, se abalanzaba hacia él, giró sobre sus talones y le disparó a bocajarro en el pecho.

